

Cecilio Acosta

Sus ideas pedagógicas

Estamos en el mes de marzo de 1881. Reina por fin la ansiada paz en la vida pública de Venezuela. El régimen dictatorial del que a sí mismo se hacía llamar el "Ilustre Americano", ha puesto fin a las sangrientas luchas fratricidas que por espacio de seis lustros habían impedido disfrutar al país de la merecida tranquilidad de que debía haber gozado, después de haber contribuido con tanta generosidad a la libertad del continente.

Es una paz costosa, impuesta, que persigue la auténtica dignidad y enaltece a los profesionales de la lisonja y la adulación, pero hay paz.

En estas circunstancias un ilustre cubano pisa tierra venezolana. Es José Martí, el viajero de la libertad, el apóstol de la independencia de su patria. Ha llegado a Caracas en un momento de prosperidad e inquietud intelectual. Tiene ya Venezuela una promisoriosa tradición literaria. Muchos jóvenes comienzan a hacerse conocer. Y el más auténtico representante de esa tradición y uno de los responsables de esa efervescencia juvenil de nuestras letras es don Cecilio Acosta.

Martí le busca. Quiere un encuentro con el maestro. Le visita por dos veces en su humilde morada y queda maravillado con la asombrosa personalidad de Acosta. Le atrae su sencillez, le impresionó su sabiduría, le conmueve su religiosidad. Acosta es recto en el juicio, preciso en la palabra espontánea. Lo dice todo en unas palabras. Pero lo que más le cautiva es su integridad moral y humana.

Para Martí es don Cecilio uno de los hombres más puros de la tierra: "cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!" (1). Meses más tarde, a la hora de su muerte, le dedicará, en nombre del alto aprecio que le tie-

ne, aquellos párrafos donde el dolor, la emoción y el cariño se juntan con la más bella elocuencia: "Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta junto a la pared del ataud, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde" (2).

Y con razón califica Martí con tan dolientes frases la desesperación de Acosta.

De su rico ideario nada se destaca con mayores relieves, por su trascendencia, que sus ideas pedagógicas. Su misma vida la puso al servicio de la educación integral de los que acudían a él para aprender de sus labios la ciencia y la cultura. "Trabajó en hacer hombres —dice el mismo Martí—; se le dará gozo con serlo" (3). Precisamente el hacer hombres es el supremo fin del humanismo educativo.

Y de toda su doctrina pedagógica, amplia y al mismo tiempo profunda, vamos a referirnos solamente a los aspectos que nos ha parecido revisiten mayor importancia.

Paralelo con otros pensadores. — En el fondo de las ideas, coincide el pensamiento de Acosta con el de eminentes pensadores tanto venezolanos como extranjeros. Para él, lo mismo que para Bello, Toro, Bolívar y el licenciado Sanz, el objetivo primordial de la educación es; no sólo formar al individuo para su propio provecho, sino hacer de él, al mismo tiempo, un elemento útil para la sociedad. Ya veremos cómo aparece en sus escritos como una verdadera obsesión y una bandera ideológica, lo que constituye su idea central sobre la educación: el progreso y utilidad en la instrucción, con métodos adaptados a las exigencias de los tiempos.

Fué más insistente que sus contemporáneos en la predicación de su doctrina pedagógica. Es que se sentía contagiado por la pluma combativa y apasionada de J. V. González, quien decía a sus amigos y discípulos: "Escribid, escribid hasta que la gota de luz se cuaje en la punta de la pluma".

(1) José Martí, Introducción a las "Obras" de Cecilio Acosta, Vol. I, Caracas, 1908, página XXXIII.

(2) José Martí, ob. cit. pág. IX.

(3) Ibid., pág. IX.

Y, en efecto, Acosta escribía con ardor. Publicaba en periódicos y revistas lo que pensaba acerca de la educación venezolana de entonces, en la misma época en que Sarmiento y Alberdi pregonaban la necesidad de una educación racional para lograr la redención cultural de América. Los puntos de vista de Cecilio Acosta en nada difieren de los de éstos; pero no son imitación o calco. Son —como dice J. González González— fruto del conocimiento profundo que tenía de la realidad venezolana. “Si hubiese tenido oportunidad de llevar a cabo sus ideas desde el poder, hubiera podido representar para Venezuela lo que representan Alberdi o Sarmiento para la Argentina” (4).

La Universidad. — Es la Universidad el asunto que trató Cecilio Acosta con más insistencia. En este punto su pensamiento se hace más sincero y más autorizado. Critica con duras frases los antiguos métodos universitarios y la casi nula función que la Universidad representaba para la vida social del país.

Le parece que tal como estaba establecida, no pasaba de tener el oficio de un cuerpo muerto, una institución anquilosada, con escasa proyección al porvenir. Es un organismo “puramente reglamentario, con más formalidades que subsistencia, con preguntas por único sistema, con respuestas por único ejercicio” (5). La Universidad contemporánea de Acosta no es más que el lugar donde “se recibe el título y no se deja en cambio nada, en que no quedan, con pocas excepciones, trabajos científicos, como cosecha de las lubricaciones, y en que el tiempo mide y el diploma caracteriza” (6).

Preocupó a Acosta, como a pocos pensadores de su tiempo, esta función raquílica de la Universidad. Sus ideas son luminosas, acertadas, de acuerdo con la realidad. Predica la sustitución de la “erudición de pergamino” por los conocimientos prácticos, por la técnica científica. Su pensamiento se acerca mucho al sentir de Andrés Bello, expresado en su discurso en la inauguración de la Universidad de Chile: “La utilidad práctica, los resultados

positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria” (7).

La Instrucción Primaria. — Y para echar las bases de la educación superior propugna Cecilio Acosta por una racionalización de la instrucción primaria. “La enseñanza —dice— debe ir de abajo para arriba” (8). Y mirando siempre lo que más aproveche al bien común, añade: “Quien sabe, puede; quien puede, produce; y si la cosecha es más rica conforme el saber más se difunda, es fuerza recurrir a la instrucción elemental” (9).

Con un entusiasmo no común en él, habla de la escuela elemental. La considera “un verdadero prodigio y el primer ejercicio gimnástico de la inteligencia” (10), y, por tanto, desde este punto de vista, es para él más importante la instrucción primaria que la superior. Y tanto, que llega a afirmar que la “educación secundaria nada da, más bien extravía el sentido común”, si falta el germen de la enseñanza elemental (11).

Amante como era del progreso en la educación y de los adelantos que la inventiva humana hacía en aquellos tiempos, se maravilla ante el ancho campo abierto por el telégrafo y por la difusión e influjo del periodismo, llegando a exclamar con irónica aseveración: “Estos prodigios se deben a la instrucción primaria, no a las universidades, que Dios mantenga en paz, pero en su puesto” (12).

Y en este particular difiere no poco de Andrés Bello, quien atribuye mayor importancia a la instrucción científica. Considera Bello como condición indispensable el cultivo de las ciencias para la difusión de la enseñanza elemental, que no se nutre sino con la primera. No es que las considere incompatibles, no. Lo que quiso decir es que, en cierto modo, la instrucción superior antecede y ayuda a promover la elemental (13).

(7) Andrés Bello, Discurso en la inauguración de la Univ. de Chile, 17 de Agosto de 1848.

(8) Cecilio Acosta, ob. cit., Vol. III, pág. 268.

(9) *Ibid.*, pág. 279.

(10) *Ibid.*, Vol. I, Revista de Europa y de los EE. UU. de América, pág. 241.

(11) Cit. por Virgilio Tosta en “Ideas Pedagógicas de Venezolanos Eminentes, Caracas, 1950, pág. 80.

(12) Cecilio Acosta, ob. cit., Vol. III, pág. 277.

(4) José González González, “Semana de Cecilio Acosta, 1952, pág. 61.

(5) Cecilio Acosta, Obras, Vol. III, Cosas Sabidas y Cosas por Saberse, pág. 270.

(6) *Ibid.*, pág. 270.

Función Social de la Educación. —

Como decíamos al principio, el pensamiento de Acosta en el valor social de la educación se confunde con el de Sarmiento, Bolívar y otros pensadores del siglo pasado. Con ellos conviene en que la esencia de la educación está en hacer del individuo un ser social, un elemento útil para la sociedad. La escuela no es sino un instrumento eficaz para transformar la vida colectiva.

Y para lograr este fin esencial propone Acosta la "descentralización de la enseñanza, para que sea para todos" (14). "Los medios de la enseñanza no deben amontonarse como las nubes, sino bajar como la lluvia a humedecer todos los campos", porque "la luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde" (15).

Para él es una misión sagrada la de la educación. Y si el progreso de una nación se mide esencialmente por el bienestar de su hijos, nada más de acuerdo con tal fin que hacer llegar a todos el pan de la enseñanza. Fiel a la creencia en su función social, anhelaba —como dice Martí— que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno; ya que "el progreso es una ley individual, no ley de los gobiernos" (16).

Educar para vivir. — Cecilio Acosta fué en cierto modo un teorizante, pero con mucho sentido práctico. Lo que escribía realmente ha perdurado, como decía hablando de sí mismo: "Lo que yo digo, perdura". Escribía desde una mesa de trabajo, pero sus palabras eran dictadas por un sentido y conocimiento nada vulgares de la vida real. El no es de los que le dan a la educación un simple valor estético o de satisfacción a una inclinación natural por la cultura humana. El piensa bellas cosas de la cultura y de la ciencia, pero aplicadas a la utilidad social.

Es verdad que, partidario como era de la inmigración, coincidía con Alberdi en que "gobernar es poblar". Pero él aspiraba a algo mejor, y así añadió: "poblar es educar".

Pensaba Acosta en Venezuela; pensaba en su cultura, en su renombre,

en su elevación intelectual. Pero más le preocupaba su progreso y el de sus habitantes, su bienestar colectivo en una palabra. Por eso reconoce a la cultura popular la misión de redimir al individuo del hambre al mismo tiempo que del atraso. Por eso la cultura es, no sólo aprendizaje de clásicos, sino también aprendizaje de oficio y artesanías, dominio de profesiones productivas, sobre todo las mecánicas (17). Recordemos que censuró a la Universidad por haberse convertido en fábrica de académicos de saber inútil; por lo tanto "si no come quien argumenta sino quien obra, prefíerese el escoplo al silogismo" (18).

Hay, pues —concluye— que promover la productividad, y si ésta no se da sin el trabajo. "hónresele para que aliente, edúquesele para que rinda, alárguesele mano amiga para que florezca. Vamos, vamos por fin a ver si tenemos hombres de provecho en vez de hombres baldíos" (19).

Modernización de métodos. — Ya hemos visto cuán dentro de su manera de pensar tenía Acosta el concepto del progreso en el arte y en la técnica educativos.

Según su manera de pensar, había que usar nuevos métodos en todos los órdenes de la instrucción. No hay por qué aferrarse a métodos antiguos que poco o nada producen. A los jóvenes de hoy, sobre todo —juzgaba Acosta— hay que atenderles; y, si su cuidado lo requiere, hay que preferir "la necesidad flamante de hoy a la necesidad histórica de ayer" (20).

Para él la antigüedad es un monumento, nunca una regla. Por lo tanto, estudia mal quien no enfoca los problemas presentes con la mira puesta, al mismo tiempo, en el porvenir.

Es innegable que hay que amar y estudiar lo que nos legaron los antiguos, pero vivir también de acuerdo con la realidad presente. El latín no es precisamente el idioma de las artes e industrias; ¿por qué, entonces, no dedicarse con más entusiasmo al aprendizaje del inglés y del francés? (21).

Es partidario, asimismo, de un estilo moderno en la lengua vernácula.

(17) Luis Beltrán Guerrero, "Semana de Cecilio Acosta", 1952, pág. 29.

(18) Cecilio Acosta, ob. cit., Vol. III, pág. 277.

(19) Ibid., pág. 277.

(20) Ibid., pág. 274.

(21) Ibid., pág. 278.

(13) Andrés Bello, Discurso cit.

(14) Cecilio Acosta, ob. cit., Vol. III, pág. 277.

(15) Ibid., págs. 277 y 271.

(16) Ibid., pág. 267.

Estaba convencido de que el estilo de los clásicos castellanos no es precisamente el más acomodado a un artículo periodístico o a una arenga popular de nuestros tiempos.

El amante de lo clásico. — Es interesante observar que estas ideas tan revolucionarias, al parecer, en el campo de la educación, eran expuestas por un hombre profundamente formado en la cultura de los clásicos; por aquel que se extasiaba con "la sobriedad de Mariana, la sencillez de León, la música y el amor divino de Granada, la abundancia de Lope, la galanura de Calderón, el donaire de Solís, todas las dotes juntas en Cervantes" (22).

Este era el que sin desdeñar la expresión depurada de los clásicos, optaba por el uso más práctico que se encierra en la expresión moderna. El mismo que confiesa que no acierta a apartar la vista de nuestros clásicos (23). El mismo a quien "la antigüedad le enamora y se da a ella como a madre" (24), y quien tanto se dió a su estudio que, como él —dice Martí— "nadie ha sido más dueño del pasado" (25).

Resulta en cierto modo paradójico a simple vista, que hable así de progreso y de métodos antiguos en la educación, quien fué de los primeros humanistas de su época. Cecilio Acosta era académico de la lengua en nuestra patria y miembro honorario de varias extranjeras; excelente latinista y mantenedor de una frecuente correspondencia con notables intelectuales de Europa y América. Dominaba las lenguas clásicas de la antigüedad: "Hablaban —dice Martí— un latín puro, rico y agraciado; no el del foro del Imperio, sino el del senado de la República..." (26). Pero a pesar de su formación humanística, estimaba que el principal objetivo de la educación venezolana era formar dirigentes de industrias, hombres de empresa, conductores del progreso comercial y de la vida política de la nación.

El maestro. Actualidad de su pensamiento. — Ya en sus tiempos, la obra

doctrinaria y orientadora de Cecilio Acosta fué justamente valorada por la gente sensata. La juventud de Venezuela le admiraba y buscaba contacto con la presencia del maestro, para aprovecharse de su caudal de conocimientos. Hoy, su recia personalidad humana, el contenido doctrinal de sus estudios, le colocan como perenne lección ante las jóvenes generaciones venezolanas.

Acosta es de lo más real y positivo de toda nuestra literatura (27). Según advierte uno de sus críticos, la madurez de su pensamiento le convierte en el "intelectual nacional por excelencia" (28). Es que sus ideas son certeras, bien pensadas, fruto depurado de la reflexión más consciente. Por "su tono tan de acuerdo con la realidad, su pensamiento siempre tenso como el arco que lanza sus flechas hacia lo eterno... reviste la perennidad del pensamiento venezolano en su eterno fluir" (29).

De profunda formación cristiana, sus ideas pedagógicas, como su idealario todo, están basadas en el concepto cristiano de la vida. Resumen de su pensamiento moral y de su práctica filosofía cristiana, son aquellas hermosas palabras: "En la escuela se aprende a Dios para ponerlo en la conciencia" (30).

Por todas estas razones se ven claramente justificados los conceptos de J. L. Salcedo Bastardo, quien tiene a Acosta por "uno de los más eximios maestros de la venezolanidad" (31). Fué maestro por el ejemplo de su vida y por su obra literaria.

Vivió admirablemente su época: "postvió y previó" (32). Se anticipó a futuras realidades, adentrándose al mismo tiempo en la médula de su época.

Mientras vivió dió a sus semejantes, sobre todo a la juventud venezolana, toda su cultura y su magisterio intelectual. Y hoy, después de un siglo, aquellas "cosas sabidas y por saberse" continúan resonando en nuestros oídos como una perenne lección y como un llamado actual.

JOSE M. RIOS REVEROL, S. J.

(22) *Ibid.*, Vol. V, Carta al Sr. Tamayo y Baños, 6-8-1849, pág. 230.

(23) *Ibid.*, Vol. V., pág. 281.

(24) José Martí, *Introd. cit.*, Obras de C. A., pág. XII.

(25) *Ibid.*, pág. XIII.

(26) *Ibid.*, pág. XVII.

(27) Ismael Fuerta Flores, *Cinco Tesis sobre las*

Pasiones y otros Ensayos, Caracas, 1949, pág. 144.

(28) *Ibid.*, pág. 113.

(29) *Ibid.*, pág. 112.

(30) C. Acosta, *ob. cit.*, Vol. I, pág. 242.

(31) J. L. Salcedo Bastardo, *Cecilio Acosta-Doctrina*, Caracas, 1950, pág. XI.

(32) José Martí, *Introd. cit.*, Obras de Cecilio Acosta, pág. XXXII.